

# ARTÍCULO ESPECIAL

Gac Med Bilbao. 2018;115(1):13-14



## Profesor José Guimón: un psiquiatra “renacentista”

Professor José Guimón: a "Renaissance" psychiatrist

José Guimón Irakaslea: “Pizkundeko” psikiatra

Conocí personalmente a José a principios de la década de los años ochenta cuando le llamé para preguntarle si quería dirigir mi tesis doctoral porque me lo recomendaron psicoanalistas de Barcelona, como un catedrático de Psiquiatría abierto al psicoanálisis. Sin conocerme de nada, me invitó a su casa en Neguri y me dio todas las facilidades. Yo quería hacer la tesis sobre Melanie Klein, ya que me analizaba y formaba en esa escuela, muy fuerte en Barcelona y quería analizar a fondo, deconstruir la teoría kleniana, ver qué había detrás. Me dijo que muy bien pero que de cara a la tesis lo mejor sería compararla con otra y me propuso la obra de Heinz Hartmann de la Psicología del Yo americana, que me dijo que era muy interesante

Tras la lectura de mi tesis doctoral en marzo de 1990 en Leioa le vi con frecuencia y no solo me ayudó como director de la tesis, sino que me presentó a personas que me pudieran ayudar como Germán Berríos a quien conocí en su casa de Leioa en la que se hospedaba, o a Granjel, un catedrático historiador amigo suyo. Recuerdo que un día quedamos en el aeropuerto de El Prat porque él venía de algún viaje y me comentó que estaba preocupado por tener un infarto. Se preocupó de que tuviera un tribunal de gala para la tesis con los mejores catedráticos (Barcia, Giner, Luis de Rivera, Tous...).

En los años posteriores a la tesis ya mantuvimos una relación fluida porque le invitaba a actos en Barcelona y él a mí en Bilbao, casi cada año. Tenía un gran aprecio por la Fundación Vidal i Barraquer en la que yo dirigía las actividades científicas y lo teníamos siempre como referente para las Jornadas y actos en los que siempre destacaba por sus amplios conocimientos, su voluntad de buscar puentes entre todas las disciplinas.

También estuvimos en contacto más adelante cuando José intentó acceder a la cátedra de Psiquiatría del Clínico en la Universidad de Barcelona en la que me pidió ayuda aunque de una forma muy respetuosa, sin presionarme para nada. Yo, por supuesto, estaba encantado de que viniera porque estaba seguro de que sería un gran catedro. Sin embargo, el perfil de José no era en absoluto del agrado de los psiquiatras del Clínico, ultrabiologistas y antipsicoanalíticos viscerales y le dieron la plaza por una serie de chanchullos a un psiquiatra al que le faltaba poco para jubilarse, Vidal Teixidor, un psiquiatra amable con el que yo había coincidido en las consultas de la seguridad pero sin apenas relieve intelectual, y que solo quería la cátedra para tener mejor jubilación como catedrático, alguien sin ninguna ambición intelectual, solo para cerrarle el paso a José que hubiera revolucionado la psiquiatría en Barcelona desde la cátedra (que buena falta le hacía).

En la etapa en la que fue catedrático en Ginebra le visité varias veces y me facilitó el contacto con entidades que trabajaban con inmigrantes, entre ellas la Organización Mundial de la Salud, en la que conocía a todo el mundo. Recuerdo que hizo venir un domingo nada menos que a Norman Sartorius a tomar un café a su casa para que me orientara en el tema de la psiquiatría transcultural en el que entonces me estaba iniciando. Cuando le dije que estaba asombrado del poder y los contactos que tenía para hacer venir así a su casa a hablar conmigo, sin más a Sartorius, me respondió sin inmutarse: “bueno, en realidad lo tengo aquí de profesor asociado (es un empleado mío, un subordinado mío)”. Me explicó con tristeza cómo para conseguir la plaza de Ginebra había tenido que poner casi ocultándola su formación de psicoanalista.

Cuando presenté en público el concepto del Síndrome de Ulises lo hice con él a mi lado en otoño del 2002, en una sesión de un congreso la Sociedad Española de Psiquiatría en Barcelona. Siempre abierto al debate.

José era una persona muy abierta, con una erudición psiquiátrica enciclopédica; me atrevería a decir que era un psiquiatra “renacentista”. Le he visto en congresos en ponencias de biología molecular, de psicoanálisis, de psiquiatría social... de todo. Le invité hace unos años a Ávila a un congreso que organicé sobre espiritualidad y psiquiatría. Compartimos sesión y recuerdo que dijo que él era agnóstico pero muy respetuoso con todo lo religioso.

Era una persona muy poco envidiosa, no recuerdo haberle oído nunca críticas personales de nadie, ni co-

mentarios de mala leche. Al contrario, le faltaba tiempo para reconocer el trabajo de un compañero y su valía. Y eso que sé por otras fuentes, nunca por él, que le hicieron faenas muy fuertes en la Sociedad Española de Psiquiatría, la Asociación Psicoanalítica que no le reconocía... Todo lo sé por otras fuentes.

Él sentía el terruño y hacía sentir una complicidad, como la de ser de un sitio común, tener muchas vivencias compartidas, no contra nadie, sino como disfrutando de compartir registros.

Un psiquiatra, en definitiva, renacentista, que buscaba el afecto, que era a la vez muy cosmopolita pero sintiendo mucho su tierra.

Joseba Achótegui